

Palabras del Excelentísimo Señor D. Dalmacio Negro Pavón

Don Antonio fue, casi desde el momento en que se dio a conocer, uno de los nombres indiscutibles de la filosofía española contemporánea. Ya en su temprana madurez, se le reconoció como un pensador de fuste y luego, a medida que fue prodigando su magisterio y su obra, de alcance universal. Es una de las figuras señeras de la historia de la filosofía hispana.

Don Antonio no era un especialista y es esta es una de las cosas que quisiera destacar. Por temperamento, era un auténtico filósofo, *rara avis* en estos tiempos. Puede parecer anecdótico, pero me parece significativo que, habiendo comenzado los estudios de Medicina para seguir la profesión de su padre, la lectura de las *Investigaciones lógicas* de Husserl le llevase a abandonar esta carrera y seguir la de Filosofía. Es muy revelador de su personalidad, que ese texto difícil y hondamente filosófico en el que su autor propone la vuelta a la realidad, a las cosas mismas, cambiase su trayectoria personal e intelectual. La Medicina estudia la naturaleza humana desde el punto de vista de la salud. Pero esta clase de estudios tan apegados a la realidad, le parecieron sin duda un horizonte limitado.

El andaluz Millán era un realista y decidió consagrarse al estudio de lo que es la realidad en sí misma. A decidir su vocación le ayudó ciertamente la fenomenología. En ella vio empero, quizá más que una filosofía, un método, moderno, acorde con el espíritu científico y conciliable con la gran tradición del realismo aristotélico-tomista que, por otra parte, permitía más que restaurar la tradición esco-

lástica en tanto realista, renovarla, darle un nuevo ímpetu. La realidad era el horizonte husserliano de don Antonio.

Con esta intención, apoyado en un gran saber, abordó desde la metafísica temas muy variados. Y, por cierto, con gran claridad: practicaba ejemplarmente lo que él mismo estudió en uno de sus libros titulado *La claridad en Filosofía*. Su especial aptitud para el pensamiento metafísico, innata en él, no obstaba para que transmitiera de forma comprensible los temas más abstrusos sin merma del rigor intelectual.

Formado en la tradición del realismo aristotélico, tras un escaqueo sobre la estética de Wölflin, empezó como metafísico con estudios relacionados con la fenomenología, entre los que destaca su tesis doctoral sobre *El problema del ente ideal a través de Husserl y Nicolai Hartmann*, donde examina con suma claridad metafísica este complicado problema.

Filósofo creador vinculado, pues, tanto por formación como por autoconocimiento crítico a la gran tradición escolástica, y al día en todas las corrientes del pensamiento, que contrastaba sobre todo con la fenomenología, es uno de sus principales representantes contemporáneos. Pero no fue un mero seguidor o defensor, un epígono, de la tradición aristotélico-tomista. Consistiendo su gran preocupación, su *leit Motiv*, en reinstaurar con firmeza el realismo filosófico en un momento en que era ya notorio lo que se ha llamado «la pérdida de la realidad» que aqueja al pensamiento contemporáneo bajo el imperio del materialismo, el positivismo, el existencialismo y las filosofías de la Nada, en suma, bajo el imperio del historicismo, no es casual que su segunda obra importante versara sobre la *Ontología de la existencia histórica*. En su tesis doctoral ya había reintroducido el concepto de *ens rationis*, prácticamente abandonado. Y, como para completar el círculo, en uno de sus últimos libros, su original *Teoría del objeto puro*, volvió sobre él para desbrozar la naturaleza de la irrealidad, el contrapunto de la realidad.

A mi entender, el pensamiento de Millán-Puelles sobre la realidad, sobre la verdad del ser, se desenvuelve entre esos dos polos: el primero, el pensamiento escolástico, en el que se movía con la mayor soltura, empezando por que el griego y el latín le eran tan familiares que los hablaba con facilidad con interlocutores doctos; el segundo, la fenomenología, en la que veía un gran instrumento para acercarse con seguridad a la realidad. Con estas armas abordó muchos más temas que los estrictamente metafísicos, pues nada le era ajeno y todo le interesaba.

Por otra parte, me atrevería a decir que el centro en el que gravita su pensamiento sobre lo real, que su *idée-mère*, su vía de acceso a la realidad, es el

difícil concepto de naturaleza humana. Concepto que el pensamiento moderno, oscilante, como ha mostrado recientemente Steven Pinker, entre el hombre máquina cartesiano y el buen salvaje de Rousseau, casi ha disuelto y con él, la idea de hombre y de realidad. El gran tema de la naturaleza humana está presente desde el primer momento en toda la obra de Millán-Puelles. Al enfrentarse con el historicismo para desbrozar el camino en *Ontología de la existencia histórica* ya había escrito: «el hombre tiene historia en cuanto que su ser, aunque sustancialmente permanente, tiene capacidad para el revestimiento de nuevas modalidades accidentales».

Jamás abandonó la naturaleza humana como idea clave. Está presente en toda su obra que, como su pensamiento, gira en torno a ella. La abordó continuamente en su dimensión individual y social. Citaré como ejemplos mayores el libro sobre *La formación de la personalidad humana*, que es una filosofía de la educación, y *La estructura de la subjetividad*, en el que, significativamente, subjetivo se refiere a la relación del hombre con lo real, como una subjetividad poseída por una logicidad que se trasciende a sí misma y que, lejos de medir al ser por ella misma, se deja medir por el ser. Pero al concepto de naturaleza humana tenía que darle una forma definitiva, de modo que no se quedase en ser un presupuesto. Necesitaba afirmarlo. Se diría que estuvo rumiándolo continuamente hasta que apareció, como culminación de su pensamiento, *La libre afirmación de nuestro ser*, una obra maestra sobre la naturaleza de la ética en la que se unen estrechamente el gran tema de la naturaleza humana y la gran preocupación de don Antonio por restaurar el realismo. Se subtitula precisamente *Una fundamentación de la ética realista*. Plantea así el problema: «La moralidad presupone la libertad, pero esta, a su vez, implica en el caso del hombre la fundamental distinción entre el yo humano y su naturaleza. Pues si este yo fuese idéntico a la naturaleza que el posee, se opondría a sí mismo cuando actúa libremente en disconformidad con ella, y tal oposición es imposible porque se habría de dar directamente entre el propio yo y él mismo en tanto que yo. Cabe, en cambio, escribe Millán-Puelles, que un yo se oponga a sí mismo de una manera indirecta, no en cuanto yo, sino en tanto que poseedor de una naturaleza determinada, que él no se ha conferido: es decir, en tanto que actúa libremente en disconformidad con ella.»

Otra de sus constantes era por consiguiente la libertad humana, y eso le llevó a ocuparse con rigor de filosofía social. Su discurso de ingreso en esta Academia, versó, precisamente, acerca de *La función social de los saberes liberales*. Y, asimismo, escribió al respecto *Persona humana y justicia social*, sobre *Universidad y sociedad*, *Sobre el hombre y la sociedad* y su importante y sugerente *De economía y libertad*.

Millán-Puelles ha dejado una obra ejemplar, cuyo valor aumenta en estos tiempos de ensayismo banal y elucubraciones sin horizonte, de predominio de lo abstracto sin fundamento sobre lo real y concreto. Uno de sus méritos estriba en haber sabido apartarse rotundamente del historicismo dominante sin rehuir la historia del pensamiento. Al contrario, uno de sus métodos, muy presente siempre en sus escritos, consistía en atenerse a los textos de los grandes autores clásicos para, estrujándolos, extraer de ellos nueva savia.

La realidad y la verdad son lo mismo, y como pensador nato y riguroso, siempre veía y miraba todo, inevitablemente, con los ojos del amigo de la verdad. Llamaba la atención de los oyentes por el vigor de su garra intelectual al abordar cualquier asunto: nada se resistía al bisturí de su penetrante y agudísima inteligencia, rigurosamente lógica y metafísica, siendo un placer escucharle meditar en voz alta sobre los temas más abstractos, o, simplemente, hacer un comentario sobre asuntos cotidianos o menores. Pues don Antonio, una potencia intelectual, poseía además el don de la palabra: su dominio del idioma era magistral, expresándolo con la gracia y la finura de la natural elegancia andaluza.

Quisiera subrayar empero en este momento, que, como persona pública, su figura se proyecta en otro aspecto no menos importante que el de pensador, el del cultivo, el de la siembra: don Antonio ha sido maestro de generaciones de españoles e hispanoamericanos, aunque también abundan los discípulos de otras tierras. Bastantes se encontraron con él por primera vez en sus clases. Muchos lo descubrieron a través de los famosos *Fundamentos de filosofía*, tantas veces reeditado. Otros, naturalmente, a través de sus libros y publicaciones o atraídos por su fama. Millán ha creado una escuela que se extiende por los dos continentes. Numerosos alumnos *ex auditu* y bastantes discípulos *ex lectione* son hoy brillantes filósofos y expositores del pensamiento filosófico o figuras relevantes en otros campos del saber, pues su magisterio se extiende a cultivadores de muy diversas disciplinas.

En lo personal, a su carácter afectuoso, siempre receptivo y predisuesto a orientar y ayudar, con una permanente disponibilidad para atender a cualquiera, unía un gran sentido del humor. Atraía por su jovialidad, por su alegría gaditana de vivir no exenta de una ironía escéptica, benévola, profundamente cristiana, que aplicaba a sí mismo. Su hondura metafísica no le impedía ser un gran conversador, sabiendo decir siempre la palabra oportuna y precisa. Relataba incontables anécdotas y hacía sabrosos comentarios a propósito de cualquier cosa, con un talento especial para ver el lado cómico de la vida. El tiempo se iba a su lado sin sentirlo. Con don Antonio hemos perdido un gran sabio, un gran filósofo, un personaje y, sobre todo, una gran persona.